

CATEQUESIS MISIÓN COMPARTIDA
INSTITUTO CALASANCIO HIJAS DE LA DIVINA PASTORA



El carisma

calasancio

UN LEGADO COMPARTIDO



Queridos laicos y religiosas en misión compartida:

Después de un curso más que intenso en el que hemos vivido y disfrutado juntos con la canonización de San Faustino Míguez y con una serie de catequesis en las que hemos profundizado sobre la figura del fundador del Instituto Calasancio Hijas de la Divina Pastora, para esta nueva etapa os proponemos reflexionar en las sesiones de formación locales a través de otras tres catequesis bajo el lema "El carisma calasancio, un legado compartido".

Esta propuesta responde al desarrollo del Proyecto de Misión Compartida 2015-2021, dentro del primer objetivo que nos plantea "descubrir conjuntamente que el carisma, en su triple dimensión de espiritualidad, vida fraterna y misión, es un don que se puede vivir desde la vocación laical y religiosa".

Con este punto de partida, os proponemos conocernos un poco más, laicos a religiosas y religiosas a laicos, desde tres perspectivas:

LO QUE NOS UNE- Abordamos desde el análisis y la reflexión la vocación universal al amor a la que está llamado todo cristiano por el bautismo.

LO QUE NOS ENRIQUECE- Nos centramos en las nociones básicas que nos permitan conocer la especificidad de cada una de las vocaciones -laical y vida religiosa- para subrayar desde ahí la complementariedad de ambas en la construcción del Reino de Dios.

LO QUE NOS MUEVE- Desde el reconocimiento de la singularidad de las vocaciones específicas, conscientes de la riqueza que supone caminar juntos, nos adentramos en el carisma calasancio, el don del Espíritu de Dios que nos impulsa en la misión.

Para concluir este ciclo de catequesis, proponemos una celebración final que nos sirva como reconocimiento del don que el Espíritu nos ha hecho a cada uno y a nuestra comunidad a través de este carisma que se nos ha regalado a todos y que se nos invita a impulsar con el testimonio de nuestra vida.

Y es que, como explicó el Papa en la homilía de la canonización de Faustino Míguez, el vestido cotidiano de los santos es "el amor de Jesús, ese amor de locura con que nos ha amado hasta el extremo, que ha dado su perdón y sus vestiduras a quien lo estaba crucificando".

A partir de ahí, Francisco nos invitó a todos, sin distinción entre laicos y religiosos a "vestir un hábito, el hábito de vivir el amor cada día. Porque no se puede decir «Señor, Señor» y no vivir y poner en práctica la voluntad de Dios (cf. Mt 7,21). Tenemos necesidad de revestirnos cada día de su amor, de renovar cada día la elección de Dios".

Afrontemos, por tanto, este tiempo de encuentro como una oportunidad de redescubrir la gracia de nuestra propia vocación y a apreciar la vocación del otro para, juntos, *buscar almas y encaminarlas a Dios por todos los medios que estén al alcance de la caridad.*

El Equipo de Misión Compartida



CATEQUESIS 1: VOCACIÓN Y SANTIDAD

Lo que nos une

PARA EMPEZAR...

A lo largo de la historia nos hemos centrado, en todo orden de cosas, en buscar la diferencia, lo específico, lo distintivo, lo original... pensando que alcanzando la singularidad lograremos descubrir su riqueza más auténtica.

La Iglesia no ha sido ajena a este paradigma o cultura. Así, a lo largo de su historia ha diferenciado roles, tareas... incluso señalando niveles de vida de menor a mayor perfección. Esta misma Iglesia, iluminada por el Espíritu, sin desmerecer la diferencia, busca y valora lo común: lo que nos une. Sin perder la especificidad, nos propone adentrarnos juntos en lo esencial, en aquello que suma para ahondar en la comunión.

Desde ahí, cabe preguntarnos, qué nos une a religiosas y laicos:

- **Una historia común:** Todos, aunque es obvio, pero no por ello menos importante, somos hijos de la humanidad y de la historia, insertos en la realidad del aquí y el ahora, producto del pasado y con la esperanza del futuro. Tenemos la misma condición, las mismas fortalezas, debilidades y necesidades, propias de nuestro ser. Tenemos una sed insaciable y buscamos la felicidad y la perfección.
- **Ser hijos de Dios:** Todos, sin importar la vocación específica de cada uno, por el bautismo somos hijos del mismo Dios y miembros del cuerpo de Cristo y del pueblo de Dios, por ende, tenemos la misma dignidad, derechos y deberes; ya que hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios Padre (Gn 1, 27). Es el Padre común que nos hace a todos hijos y hermanos.
- **Una vocación general:** Cada uno de los bautizados, cualquiera que sea su función en la Iglesia, estamos llamados al seguimiento de Jesús (Mt 19, 21) y enviados a anunciar el Evangelio y construir el Reino (Mc 16, 15); vocación que nos hace ser participantes activos en la misión de la Iglesia. Entonces, la misión es común a todos aunque los ministerios suelen y puedan ser diferentes y particulares; porque todos somos esencialmente testigos.
- **La llamada a la santidad:** Como bautizados estamos llamados a la santidad. Enraizados en una profunda experiencia de Cristo nos vamos centralizando en su vida y su reino (1Pe 1, 15-16).

Ahora bien, estos cuatro puntos se pueden sintetizar en el significado más profundo de lo que es la vocación, como llamado general y específico, teniendo presente su triple dimensión: el llamador, el llamado y la llamada, según nos sugiere Amedeo Cencini en su obra "Teología de la Vocación".



¿QUÉ NOS DICE LA PALABRA DE DIOS?

Amós 7, 14-15

“Amós le respondió a Amasías: Yo no soy profeta ni hijo de profeta, sino que cuido ovejas y cultivo higueras. Pero el Señor me sacó de detrás del rebaño y me dijo: ‘Ve y profetiza a mi pueblo Israel’”.

Todo hombre y mujer por el hecho de vivir sobre la tierra, tiene un camino que realizar. La verdadera vocación, cuando está bien orientada, tiende al servicio y al amor del prójimo. La felicidad que todos buscamos en las diferentes vocaciones solo se encuentra en la fidelidad en el propio camino.

Si todo hombre y mujer tiene un camino que seguir: **¿Sabes cuál es el tuyo? ¿Cómo te proyectas en tu camino? ¿No te lo has preguntado? ¿Quieres saberlo ahora? ¿Por qué?**

1. ¿QUÉ ES ESO DE LA VOCACIÓN?

1.1. Imagen de Dios, el eternamente “Llamador”

La vocación no habla primeramente de la persona llamada, de nosotros, sino que la vocación cristiana habla primero de Dios, y nos revela un aspecto fundamental de la identidad divina. El nuestro es un Dios-que-llama, y que llama porque ama. Él no podría evitar llamar (o llamar), porque en Él, llamar es voz del verbo amar y llama para manifestar su amor, para manifestar su cuidado y preocupación por la persona llamada como si fuera única para Él. La vocación es en sí misma signo del amor de Dios por el hombre, independientemente de su contenido.

El Dios-que-llama es un Dios interesado en la vida y en la felicidad del hombre, ya que sabe que el hombre será feliz sólo si realiza hasta el fondo el proyecto divino.

La vocación, como algo que no podemos descubrir de una vez por todas, nos hace comprender que Dios, el Autor de la vocación, es misterio. Pero es un misterio bueno y amigo, cordial y tierno, porque quiere revelarse, darse a conocer, hacerse ver y oír, por esto continuamente nos envía mensajes (la vocación es uno de ellos, uno de los más importantes), nos llama constantemente.

La vocación es ante todo revelación de Dios porque en cada llamado Dios expresa un aspecto particular de su identidad. Dios nos llama a ser como Él, cada uno según la gracia recibida o según un proyecto que manifiesta en el mundo el rostro del Eterno.

1.2. Contenido de la llamada

Si Dios llama porque ama, el hombre viene a la vida porque es amado, pensado y querido por una Voluntad, que lo ha amado aún antes de que existiese, que lo ha conocido antes de formarlo en el vientre materno, consagrado antes de que naciese a la luz (cf Jer 1,5; Is 49, 1.5; Gal 1,15).

El Padre llama a la vida y a ser semejantes a la imagen del Hijo, a su vida y a su manera de vivir. En esta semejanza se esconde una llamada a la santidad que se dirige a todos, como sumo bien, como alta cualidad –la más alta de la vida para el ser humano, que encierra en sí todo lo que éste podría desear o aspirar: el amor, el don de sí mismo, la felicidad, la plena realización de su persona... Nadie puede dar al hombre lo que sólo Dios le puede dar.

Al mismo tiempo, la llamada que viene de Dios es una llamada única-individual-irrepetible que llega hasta el individuo, hecha específicamente para él y hecha a su medida; es el sueño del Padre sobre aquel hijo suyo, es el nombre que Dios le ha dado y que se ha escrito en la palma de su mano (Is 49,16). Palabra dicha una sola vez y nunca más repetida.

1.3. Entre creación y redención

La vocación del hombre, por tanto, es un proyecto pensado por Dios, el Dios Creador y Redentor. Como creación, la vocación representa la realización del plan original, o de aquel pensamiento “primitivo” –si podemos llamarlo así- según el cual el Padre Creador ha creado cada criatura imprimiendo en ella un rasgo de su propia imagen y semejanza (Gn 1, 26-27).

Como redención, la vocación es una llamada que el Padre Redentor dirige al hombre salvado por la sangre del Hijo, para que no sólo acoja la salvación que el Hijo ha obtenido, sino para que elija colaborar activamente en el designio de salvación, con una participación responsable y en beneficio de todos, a imagen y por la gracia de Aquel que ha dado su vida para la salvación de toda la humanidad.

La vocación cristiana no se da en ningún momento exclusivamente en función del individuo y ni siquiera de su particular salvación y santidad, sino que tiene como objetivo encargarse de los demás, sentirse responsable de la salvación de los otros –como hizo el Hijo-, y hacerse vehículo de la voz que sigue llamando para que los otros la acojan y respondan. Esto indica hasta qué punto Dios ha hecho al hombre semejante a sí mismo, hasta el punto de hacerlo agente de salvación, capaz de dar la salvación, por gracia, claro.

En este sentido, hay al mismo tiempo una semejanza y una diferencia en las distintas vocaciones; todas están al servicio de la salvación, pero cada una de forma especial. Todas tienen la misma dignidad y todas participan en la redención.

1.4. La obediencia del llamado

Si la llamada es acción de Dios, la llamada es también aquello que se manifiesta en la vida del ser humano, desde su inicio y a lo largo de su historia personal, como la primera palabra pronunciada sobre ella, como aquello a lo cual todos debemos obediencia.

En efecto, con un acto de obediencia, aunque totalmente implícito, inició la vida de todos nosotros. Obediencia con la cual aceptamos también muchas condiciones unidas a la vida que se nos daba: padres que no elegimos, un cuerpo con precisas



características y recursos, un temperamento, un cierto tipo de capacidades, de inteligencia, de aptitudes innatas que no establecimos nosotros. Todo esto representa nuestro yo y parte de su misterio. Tuvimos una infancia, una educación, unos maestros que tal vez no eran los mejores en aquel momento y, probablemente, recibimos mucho cariño. Pero también conocimos enseguida problemas y dificultades, situaciones imperfectas y determinadas por el límite humano y, a veces, experimentamos el desamor.

Sin embargo, todo ello -con sus límites- forma parte de nuestra historia, de nuestro misterio escondido con Cristo en Dios, de nuestra vocación.

La vocación está aquí, para cada uno de nosotros, no en otro lugar. No es ni más bonita ni más fea que la de los otros, sino aquella que ha sido pensada y proyectada por Dios en mi inconfundible historia, así como hizo con su Hijo, nacido de María, para manifestar al mundo su amor de Padre, Creador y Redentor.

En ese proyecto se esconde nuestro nombre y a ese proyecto todos los creyentes deben obediencia, ya que así lo pensó el Padre que nos amó, eligió y enriqueció con dones. Una obediencia que nace de la libertad personal y es una respuesta de amor.

1.5. Vocación, punto de encuentro entre Dios y el hombre

En la vocación, y a través de ella, se produce un contacto entre Dios y el hombre. Resulta difícil no evocar la escena de la creación en la capilla Sixtina, aquel contacto entre la mano creativa de Dios y la mano del hombre, como el inicio de un diálogo destinado a no terminar, incluso en el caso en que el llamado eligiera no acoger la invitación. También en ese caso Dios sigue llamando.

El hombre se constituye en su libertad justamente porque se coloca ante el Dios que lo llama. De hecho, en la llamada hay un encuentro entre dos libertades: la libertad perfecta de Dios y la libertad imperfecta del hombre, que puede crecer y perfeccionarse en la medida en que el llamado acepta la propuesta del Llamador (Mt 5, 43-48).

Precisamente estando ante Él se conoce y se descubre también a sí mismo, sus propios recursos y posibilidades; pero también sus miedos y resistencias, hecho que a veces lo hace escapar de Dios, luchar contra Él. Esto no sólo en el momento de su vida en el que le parece oír una cierta propuesta, sino en cada instante de la vida, ya que Dios llama siempre y cualquier situación existencial para el creyente llega a ser y es vocación.

Por ejemplo: orar es sentirse llamado y percibir siempre más clara la voz que llama para hacer brotar en la oración la respuesta; vivir una relación es percibir en el otro una mediación que me conduce a Dios y a través de la cual Dios me habla; afrontar acontecimientos negativos (una enfermedad, un accidente, una injusticia...) es acoger, al margen de todo, la voz de quien en todo y a través de cualquier circunstancia me puede hablar; hablar a los otros quiere decir transmitir una palabra, una voz que antes ha llegado hasta mí en mi mundo interior; amar significa haber gozado del amor de Dios y sentirse llamado a transmitirlo.

En fin, el evento de la llamada es algo totalizador. Es esto lo que define toda la vida y le da un sentido, un sentido teológico. ¡La vida es vocación!

¿QUÉ NOS DICE EL PADRE FAUSTINO?

CARTA 57
Getafe, sin fecha
EJERCITANTAS
Sanlúcar de Barrameda

El P. Faustino, siendo consciente que Dios es el que llama (Cfr. Mt. 4, 19) y de muchas maneras, dice a una joven que se encuentra en discernimiento vocacional: **Dios te ha llamado y llama de mil maneras**¹. Descubrir la vocación personal requiere de un entrenamiento en la vida cotidiana, en la que Dios se manifiesta en lo más insospechado. El tiempo de discernimiento requiere de una atención especial a la Palabra de Dios y a la realidad, y al mismo tiempo, empezar a vivir del mismo modo que exige la vocación que se intuye.

Eso de la vocación se piensa mucho; se pide a Dios y a la Santísima Virgen; se ora uno y otro día y siempre atenta y dócil a la voz y voluntad de Dios, diciendo: Habla, Señor, que tu sierva escucha, y está pronta a cumplir cuanto le mandéis y cuando se lo mandéis. Se arregla la conducta a lo que el Señor manda. Se empieza a vivir como si ya se hubiera abrazado el partido que El inspire. Se trabaja por adquirir todas las virtudes propias de ese estado y todos los conocimientos necesarios para mejor servir a Dios y a las almas.

Se miden las fuerzas practicando lo que después ha de ser una obligación para no comprometerse a lo que no se pueda cumplir después².

PARA LA REFLEXIÓN Y EL COMPARTIR

- ¿Has encontrado alguna pista para responder a las preguntas que planteamos al inicio de la catequesis?
- Con todos estos elementos, escribe tu propia definición de "vocación" imaginando que estás elaborando el diccionario de tu propia vida.

2. LA LLAMADA A LA SANTIDAD

1 Pe 1, 15-16

"Como el que os llamó es santo, sed también vosotros santos en todo vuestro proceder; pues así está escrito: Sed santos, porque yo soy santo"

La llamada a la santidad es la base de todas las vocaciones y es impulso de la vida cristiana. Si es una invitación a ser santos a imagen y semejanza de Dios, no puede estar muy lejos el poder alcanzarlo.

¹ Ep 64

² Ep 57



2.1. Entonces, ¿qué significa ser santo?

En su Exhortación Apostólica *Gaudete et exultate*, el Papa Francisco nos explica qué es la santidad. Lejos de creer que es un asunto de algunos elegidos, nos invita a descubrir que la santidad está más próxima a nuestras vidas de lo que creemos. Lee estos fragmentos seleccionados y descúbrete en ellos.

El Señor lo pide todo, y lo que ofrece es la verdadera vida, la felicidad para la cual fuimos creados. Él nos quiere santos y no espera que nos conformemos con una existencia mediocre, aguada, licuada³. Porque a cada uno de nosotros el Señor nos eligió «para que fuésemos santos e irreprochables ante él por el amor» (Ef 1,4)⁴.

El Concilio Vaticano II lo destacó con fuerza: «Todos los fieles, cristianos, de cualquier condición y estado, fortalecidos con tantos y tan poderosos medios de salvación, son llamados por el Señor, cada uno por su camino, a la perfección de aquella santidad con la que es perfecto el mismo Padre»⁵. Todos estamos llamados a ser testigos, pero «existen muchas formas existenciales de testimonio»⁶. Lo que interesa es que cada creyente discierna su propio camino y saque a la luz lo mejor de sí, aquello tan personal que Dios ha puesto en él, y no se desgaste intentando imitar algo que no ha sido pensado para él⁷.

Para ser santos no es necesario ser obispos, sacerdotes, religiosas o religiosos. Muchas veces tenemos la tentación de pensar que la santidad está reservada solo a quienes tienen la posibilidad de tomar distancia de las ocupaciones ordinarias, para dedicar mucho tiempo a la oración. No es así. Todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno se encuentra.

¿Eres consagrada o consagrado? Sé santo viviendo con alegría tu entrega. ¿Estás casado? Sé santo amando y ocupándote de tu marido o de tu esposa, como Cristo lo hizo con la Iglesia. ¿Eres un trabajador? Sé santo cumpliendo con honradez y competencia tu trabajo al servicio de los hermanos. ¿Eres padre, abuela o abuelo? Sé santo enseñando con paciencia a los niños a seguir a Jesús. ¿Tienes autoridad? Sé santo luchando por el bien común y renunciando a tus intereses personales⁸. Esta santidad a la que Dios te llama irá creciendo con pequeños gestos⁹.

Deja que la gracia de tu bautismo fructifique en un camino de santidad. Deja que todo esté abierto a Dios y para ello opta por él, elige a Dios una y otra vez. No te desalientes, porque tienes la fuerza del Espíritu Santo para que sea posible, y la santidad, en el fondo, es el fruto del Espíritu Santo en tu vida (cf. Ga 5,22-23). Cuando sientas la tentación de

³ FRANCISCO I, Exhortación Apostólica, *Gaudete et exultate*, (19 de Marzo 2018), 1

⁴ *Ibid.*, 2

⁵ *Ibid.*, 10

⁶ *Ibid.*, 11

⁷ *Ibid.*, 11

⁸ *Ibid.*, 14

⁹ *Ibid.*, 16

enredarte en tu debilidad, levanta los ojos al Crucificado y dile: «Señor, yo soy un pobrecillo, pero tú puedes realizar el milagro de hacerme un poco mejor». En la Iglesia, santa y compuesta de pecadores, encontrarás todo lo que necesitas para crecer hacia la santidad. El Señor la ha llenado de dones con la Palabra, los sacramentos, los santuarios, la vida de las comunidades, el testimonio de sus santos, y una múltiple belleza que procede del amor del Señor, «como novia que se adorna con sus joyas» (Is 61,10)¹⁰.

No tengas miedo de apuntar más alto, de dejarte amar y liberar por Dios. No tengas miedo de dejarte guiar por el Espíritu Santo. La santidad no te hace menos humano, porque es el encuentro de tu debilidad con la fuerza de la gracia¹¹.

2.2. Y tú, ¿por qué no intentarlo?

No hay un único camino hacia la santidad. Las posibilidades y los caminos que conducen a la santidad son múltiples y son adecuados a la vocación de cada uno. En el Plan de Misión Compartida del 2003 del Instituto Calasancio (nº 21) queda explicitada esta llamada universal a la santidad. Laicos y religiosas hemos recibido y compartimos la misma vocación a la santidad, la cual nos pone en circunstancias de igualdad y nos permite compartir el camino de seguimiento de Jesús para trabajar juntos en la edificación del Reino.

2.3. ¿Qué es la santidad?

o Ser transparencia de Dios

“La santidad, la plenitud de la vida cristiana no consiste en realizar empresas extraordinarias, sino en unirse a Cristo, en vivir sus misterios, en hacer nuestras sus actitudes, sus pensamientos, sus comportamientos. La santidad se mide por la estatura que Cristo alcanza en nosotros, por el grado como, con la fuerza del Espíritu Santo, modelamos toda nuestra vida según la suya. Es ser semejantes a Jesús, como afirma san Pablo: «Porque a los que había conocido de antemano los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo» (Rm 8, 29). Y san Agustín exclama: «Viva será mi vida llena de ti» (Confesiones, 10, 28)¹².

¿Cómo puede suceder que nuestro modo de pensar y nuestras acciones se conviertan en el pensar y el actuar con Cristo y de Cristo? ¿Cuál es el alma de la santidad? La santidad no es sino la caridad plenamente vivida. “Dios es amor y el que permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él” (1 Jn 4, 16).

o Dar cancha al Espíritu

Cometemos el error de creer que la santidad es un premio que se gana con el propio esfuerzo, como conseguimos superar una entrevista de trabajo, un examen o una auditoría. Es cierto que el camino hacia la santidad no lo vamos a recorrer si no tenemos una voluntad firme de hacerlo. Pero ante todo, la santidad es mérito de Dios en cada

¹⁰ *Ibid.*,15

¹¹ *Ibid.*,34

¹² BENEDICTO XVI, Audiencia General Plaza de San Pedro, miércoles 13 de abril de 2011



ser humano. La Iglesia, como madre y maestra, nos orienta en el camino hacia la santidad. Así afirma Benedicto XVI: "Una vida santa no es fruto principalmente de nuestro esfuerzo, de nuestras acciones, porque es Dios, el tres veces santo (cf. Is 6, 3), quien nos hace santos; es la acción del Espíritu Santo la que nos anima desde nuestro interior; es la vida misma de Cristo resucitado la que se nos comunica y la que nos transforma.

o Vivir lo ordinario como extraordinario

Hay santos anónimos, esos que no fueron oficialmente canonizados, pero cuyas vidas han sido reflejo auténtico del evangelio. Sus vidas apuntan a Dios de manera clara. Que lo que viven, lo que hacen, y lo que dicen, deja traslucir al espíritu de Dios al que han dado cancha en sus vidas. Y por eso, cuando los ves, intuyes que es posible el Amor, y la misericordia, y la compasión, y la justicia... Bailan, rezan, toman un café, abrazan, lloran, aman, se enfadan, se equivocan, aciertan... porque son humanos, al fin y al cabo. La santidad no es un perfeccionismo neurótico, ni un cumplimiento virtuoso para ponerse medallas de excelencia. Es una forma de amor. Radical, posible, definitiva. Es una forma de mejorar el mundo¹³.

El Papa Francisco nos dice: Me gusta ver la santidad en el pueblo de Dios paciente: a los padres que crían con tanto amor a sus hijos, en esos hombres y mujeres que trabajan para llevar el pan a su casa, en los enfermos, en las religiosas ancianas que siguen sonriendo. En esta constancia para seguir adelante día a día, veo la santidad de la Iglesia militante. Esa es muchas veces la santidad «de la puerta de al lado», de aquellos que viven cerca de nosotros y son un reflejo de la presencia de Dios, o, para usar otra expresión, «la clase media de la santidad»¹⁴.

¿QUÉ NOS DICE EL PADRE FAUSTINO?

El Padre Faustino estaba convencido de que la santidad es cuestión de todos: *Todos deben aspirar, cada uno según la medida de la divina gracia y las fuerzas de las facultades naturales, a esa sabiduría, a esa virtud a la santidad que es su corona; esta es la vocación cristiana y enseñar a seguirla, la misión de la Escuela Pía*¹⁵.

El Padre Faustino reconoce también que la medida de ser santos la da Dios y así lo expresa a las niñas al empezar el curso escolar: *Porque todas tienen obligación de ser santas y todas pueden serlo, gracias a Dios, ya por los buenos sentimientos y prendas que el Señor les ha dado para eso y sólo para eso, ya por los medios que les facilita con esa educación religiosa que nunca sabrán estimar en todo lo que vale, ni podrán agradecer bastante al Señor, si no llegasen a ser tan buenas, como yo las quiero, tan santas como el Señor les manda*¹⁶.

¹³ José María Rodríguez Olaizola, sj

¹⁴ Francisco, *Gaudete et exultate*, n°7

¹⁵ HPF 50

¹⁶ Ep 30

Si todo lo hicieseis por Dios, sólo por su amor, y en su presencia, y en nada faltareis en vuestras casas a la obediencia y a ninguno de otros deberes; creedme que estaréis en una oración continua, siempre hablando con Dios y Dios inclinándose siempre a vosotras; siempre mirándose en Dios y Dios mirándose y complaciéndose siempre en vosotras; viviréis como unas bienaventuradas y lo seréis desde ahora y por toda la eternidad. Esto desea y espera de vosotras todas, todas, sin exceptuar una siquiera, y esto pide todos los días una y muchas veces para sí y para todas vosotras el que más os quiere en el mundo, pero buenas, muy buenas, buenísimas; aplicadas, más aplicadas, aplicadísimas; santas, muy santas, santísimas. La santidad es un regalo de Dios que requiere de nuestro consentimiento: ¡Que todos nos hayamos propuesto ser santos y pongamos en práctica los medios que el Señor nos ha granjeado al efecto!¹⁷

¡Ánimo, ánimo, y a ser santos!

PARA LA REFLEXIÓN Y EL COMPARTIR

- ¿Qué es lo que descubres en tu vida que te ayuda a tener una vida cristiana más auténtica?
- ¿Qué dificultades o resistencias encuentras para acoger la santidad como un horizonte para tu vida?
- ¿Qué llamada descubres hoy?
- Continuamos con ese diccionario personal. ¿Cómo definirías la palabra santo aplicado a tu día a día? Si tuvieras que ilustrar esa definición con una imagen tuya, como ejemplo de "santo anónimo", ¿cómo la ilustrarías? ¿En qué actitud: posando, en el trabajo, con tu familia, en oración...?

¹⁷ Ep 380



MOMENTO DE ORACIÓN

- Se comienza con el video: <https://www.youtube.com/watch?v=bKEHQtNQrmU> (Salomé Arrecibita: Nadie tiene mayor amor).
- Se proclama la Palabra. **Evangelio de Juan 15, 12-17**

"Este es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. No os llamo ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer. No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca; de modo que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo conceda. Lo que os mando es que os améis los unos a los otros."

Palabra de Dios

- Resonancias de lo leído, visto y escuchado desde el encuentro con Él.
- Oración compartida.

Desde que mi voluntad
está a la vuestra rendida,
conozco yo la medida
de la mejor libertad.
Venid, Señor, y tomad
las riendas de mi albedrío;
de vuestra mano me fío
y a vuestra mano me entrego,
que es poco lo que me niego
si yo soy vuestro y vos mío.
A fuerza de amor humano
me abraso en amor divino.
La santidad es camino
que va de mí hacia mi hermano.
Me di sin tender la mano
para cobrar el favor;
me di en salud y en dolor
a todos, y de tal suerte
que me ha encontrado la muerte
sin nada más que el amor. Amén.

José Luis Blanco Vega, sj

CATEQUESIS 2: VOCACIÓN LAICAL Y RELIGIOSA

Lo que nos enriquece

PARA EMPEZAR...

Se entrega un papel vegetal de distintos colores a cada uno de los participantes en la sesión y después de reflexionar sobre la vocación común de todo bautizado a ser hijo de Dios, puede surgir una pregunta:

Si todos trabajamos por hacer presente el Evangelio en el mundo de hoy. ¿Cuál es el papel específico del laicado hoy? ¿Cuál es el papel de la vida religiosa? Lo mejor es que lo descubramos juntos. Para ello, se os ha entregado un papel y os proponemos preparar este papel para lanzarlo, haciendo una bola sin romperlo. Ya lo tenemos preparado, nos vamos a quedar con las ganas, no lo vamos a lanzar.

Ahora intentaremos hacer el proceso a la inversa, intentar –con los medios que tenemos, con la carpeta, con un bolígrafo, con lo que podamos– que vuelva a su origen, tal y como lo teníamos al inicio.

Vamos a escribir en nuestro papel una de las palabras que surgieron en la reunión anterior y que veíamos que nos unían como bautizados: amor, hijos, hermanos, misión, Evangelio, Jesús... Y lo mostramos al resto.

Este es nuestro papel en la Iglesia, reflejo de nuestra identidad vocacional. Todos tenemos un papel arrugado por nuestra historia personal, no está impecable, está “usado”, trabajado, tiene experiencias..., pero también por el legado recibido de más de 2.000 años de cristianismo. Para algunos un papel arrugado es papel inútil, por lo que sería mejor tirarlo a la papelera.

Pero para nosotros no. Para nosotros la arruga es bella, es signo de camino recorrido, de una historia sobre la que podemos escribir con nuestro propio color, el que tenemos como seglares o como consagrados. Esta es la invitación que Dios nos hace hoy: escribir la historia de la Iglesia desde el hoy, con la caligrafía en la que nos reconocemos cada uno como individuo y con el color que identifica nuestra vocación, que enriquece y añade una gama de tonos que dan vida a nuestra Iglesia.

Pero, ¿qué color aportamos los laicos? ¿Y los religiosos? ¿Qué aportamos desde nuestra identidad, desde nuestra vocación específica?



1. LA VOCACIÓN E IDENTIDAD DEL LAICO

1.1. Aproximación al concepto de laico

El teólogo Max Keller ve al laico como el cristiano que con su vida y actuación dentro de las estructuras y tareas mundanas realiza la cooperación a la obra de la salvación y al progreso del reino de Dios¹⁸. Pío XII ya apuntó que “los fieles laicos se encuentran en la línea más avanzada de la vida de la Iglesia; por tanto ellos, especialmente, deben tener conciencia no sólo de pertenecer a la Iglesia, sino de ser la Iglesia; es decir, la comunidad de los fieles sobre la tierra bajo la guía del Jefe común, el Papa, y de los Obispos en comunión con él. Ellos son la Iglesia”¹⁹.

Juan Pablo II señala que “el reconocimiento de los laicos como miembros de la Iglesia con pleno derecho, excluye la identificación de ésta con la sola jerarquía. Pecaría de reduccionismo; más aún, sería un error antievangélico y antiteológico concebir la Iglesia exclusivamente como un cuerpo jerárquico: ¡una Iglesia sin pueblo! Ciertamente, según el Evangelio y la tradición cristiana, la Iglesia es una comunidad en la que existe una jerarquía, pero precisamente porque existe un pueblo de laicos al que debe servir y guiar por los caminos del Señor”²⁰.

Sin embargo, al acudir al Código de Derecho Canónico, se percibe una definición del laico por oposición al sacerdote: “Por institución divina, entre los fieles hay en la Iglesia ministros sagrados, que en el derecho se denominan también clérigos; los demás se denominan laicos”²¹. Los demás. El resto de Israel. Los que no son ministros sagrados. Y se especifica aún más: “En estos dos grupos hay fieles que, por la profesión de los consejos evangélicos mediante votos u otros vínculos sagrados, reconocidos y sancionados por la Iglesia, se consagran a Dios según la manera peculiar que les es propia y contribuyen a la misión salvífica de la Iglesia; su estado, aunque no afecta a la estructura jerárquica de la Iglesia, pertenece, sin embargo, a la vida y santidad de esta”.

1.2. El salto del Vaticano II

“Para la eclesiología del Concilio Vaticano II la condición del fiel laico no se caracteriza por la exclusión (son fieles laicos quienes no son sacerdotes ni religiosos); su identidad constituye una forma específica de ser y estar en la Iglesia y en el mundo”²², apunta Miguel Delgado Galindo, subsecretario del Consejo Pontificio de los Laicos, subrayando la apuesta de la Iglesia por asumir una eclesiología de la comunión. De esta manera, al laico ya no se le considera un profano, sino un consagrado a Dios -por el bautismo- en el mundo.

Esta gran cumbre de la Iglesia que fue el Vaticano II reformula con claridad la identidad del laico como no se había hecho antes en la historia de la Iglesia, plasmándose con una perspectiva teológica en la Constitución *Lumen Gentium* y abordado con una mirada más operativa en el decreto *Apostolicam Actuositatem*.

¹⁸ KELLER, M. 1975. Teología del laicado, en *Mysterium Salutis IV/II*. Madrid: Cristiandad, pp. 383-384.

¹⁹ Pío XII. “A los nuevos cardenales”. 20 de febrero de 1946.

²⁰ Juan Pablo II. Audiencia general. 27 de octubre de 1993.

²¹ CIC 207,1

²² DELGADO GALINDO, M. 2012. “Fieles laicos ante la nueva evangelización”. Salamanca: Salmanticensis. pp.65-82

Posteriormente, la exhortación apostólica *Christi fideles laici*, que emana del Sínodo de los Obispos de 1987, aborda precisamente la “vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo”. En ella, el Papa Juan Pablo II explica cómo “la común dignidad bautismal asume en el fiel laico una modalidad que lo distingue, sin separarlo, del presbítero, del religioso y de la religiosa”²³ que se concreta en la expresión “índole secular”.

Como decía Pablo VI, la Iglesia “tiene una auténtica dimensión secular, inherente a su íntima naturaleza y a su misión, que hunde su raíz en el misterio del Verbo Encarnado, y se realiza de formas diversas en todos sus miembros”²⁴.

Los laicos “viven en el mundo, esto es, implicados en todas y cada una de las ocupaciones y trabajos del mundo y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, de la que su existencia se encuentra como entretejida”. Así el “mundo” se convierte en el ámbito y el medio de la vocación cristiana de los fieles laico²⁵.

Al profundizar en su significado, detalla que “el carácter secular debe ser entendido a la luz del acto creador y redentor de Dios, que ha confiado el mundo a los hombres y a las mujeres, para que participen en la obra de la creación, la liberen del influjo del pecado y se santifiquen en el matrimonio o en el celibato, en la familia, en la profesión y en las diversas actividades sociales”²⁶. Desde ahí, Juan Pablo II les presenta como “parte viva y responsable” de la nueva evangelización, “llamados como están a anunciar y a vivir el Evangelio en el servicio a los valores y a las exigencias de las personas y de la sociedad”²⁷.

“Son llamados por Dios para contribuir, desde dentro a modo de fermento, a la santificación del mundo mediante el ejercicio de sus propias tareas, guiados por el espíritu evangélico, y así manifiestan a Cristo ante los demás, principalmente con el testimonio de su vida y con el fulgor de su fe, esperanza y caridad”²⁸.

Especialmente interesante resultan las indicaciones del Documento de Aparecida, fruto de la “cumbre” de la Iglesia latinoamericana celebrada en este santuario brasileño en 2007, texto en el que tuvo un papel fundamental Jorge Mario Bergoglio en su redacción y que hoy resulta clave para entender su pontificado. En el texto, se expresa cómo “los fieles laicos son los cristianos que están incorporados a Cristo por el bautismo, que forman el pueblo de Dios y participan de las funciones de Cristo: sacerdote, profeta y rey. Ellos realizan, según su condición, la misión de todo el pueblo cristiano en la Iglesia y en el mundo”²⁹.

Muchos piensan que hoy es la hora de los laicos, cuando la lectura más razonable sería decir que “es la hora de todos”, en tanto que la llamada a construir el Reino nos atañe a todos desde nuestra vocación y desde el día a día, aunque bien es cierto que el nuevo contexto social y cultural haya modificado algunos roles y funciones en la misión evangelizadora.

²³ChL 29

²⁴ Pablo VI, Discurso a los miembros de los institutos seculares (2 de febrero de 1972)

²⁵ *Ibíd.*, 15

²⁶ *Ibíd.*, 39

²⁷ ChL 64

²⁸ ChL 15

²⁹ Documento conclusivo de Aparecida, 209



1.3. De sujeto pasivo a sujeto activo

En Aparecida subyace la idea de que el laico ya ha dejado de ser objeto o destinatario de la tarea evangelizadora, para pasar a ser sujeto activo, llamado a participar mano a mano: "Ellos han de ser parte activa y creativa en la elaboración y ejecución de proyectos pastorales a favor de la comunidad. Esto exige, de parte de los pastores, una mayor apertura de mentalidad para que entiendan y acojan el "ser" y "hacer" del laico en la Iglesia, quien por su bautismo y su confirmación, es discípulo y misionero de Jesucristo. En otras palabras, es necesario que el laico sea tenido muy en cuenta con un espíritu de comunión y participación"³⁰.

Aparecida incide en la necesidad de:

- una "sólida formación"³¹ antes y durante cualquier tarea como discípulos misioneros
- una mayor incidencia en el ámbito social al rescate de los más desfavorecidos
- una corresponsabilidad traducida en "participar del discernimiento, la toma de decisiones, la planificación y la ejecución"³² de los planes pastorales de la diócesis
- promover una especial atención a la mujer³³

El cambio de rol del laico anunciado por el Vaticano II y que impulsa Aparecida, dejando de ser destinatario de la acción de la Iglesia para convertirse en discípulo misionero, se ha acelerado en los últimos años por algunos factores externos. La oleada de secularización que ha traído consigo una disminución de las vocaciones y un envejecimiento y disminución del clero y la vida consagrada, ha propiciado un papel más protagonista de los laicos en las estructuras y un replanteamiento de los llamados "ministerios laicales".

La duda acecha: ¿Se ha dado más cancha a los laicos como respuesta al convencimiento de que nos encontramos ante una misión compartida o se han "parcheado" sedes vacantes con tal de no admitir el final de una obra apostólica? Un repaso a las comunidades más cercanas a nuestra realidad nos podría permitir encontrar nombres y rostros que ilustren una u otra opción.

Delgado Galindo advierte de que "la posible "clericalización" de los fieles laicos es siempre un riesgo, especialmente cuando las tareas confiadas en el interior de la comunidad cristiana terminan con representar el ámbito principal de apostolado de los fieles laicos, convirtiéndose en una especie de "clero de emergencia", al que se acude en caso de necesidad"³⁴.

Lo que está claro es que, si a estas alturas todavía alguien en el seno de la Iglesia considera que el laico es el "parche" para cubrir las bajas vocacionales, comete un error. "La nueva evangelización se hará sobre todo por los laicos, o no se hará"³⁵. Si al consagrado le compete dejar de concebir al laico como un "parche" que cubre

³⁰ Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. 2007. Documento de Aparecida, 213

³¹ *Ibíd.*, 212

³² *Ibíd.*, 371

³³ *Ibíd.*, 458b.

³⁴ DELGADO GALINDO, M. 2012. "Fieles laicos ante la nueva evangelización". Salamanca: Salmanticensis. pp.65-82

³⁵ Conferencia Episcopal Española. 1991. "Los cristianos laicos. Iglesia en el mundo"

aquellas tareas a las que él no llega, al laico le toca corresponder con otro salto al vacío no menos sencillo: asumir que es adulto en la Iglesia, con las responsabilidades que esto implica.

Tan peligroso es un sacerdote o un religioso que quiere acercarse tanto al laico que intenta llevar su vida, como el laico que quiere ejercer de cura o de monja sin serlo. Tan equivocado está el sacerdote que teme dar responsabilidad a un laico porque le pueda fallar -y lo hará, somos humanos-, como el laico que quiere seguir comportándose como el niño que se conforma con la “paga” dominical, sin querer “mojarse” en el sostenimiento real de la Iglesia o en apostar por la creación de auténticas comunidades cristianas.

El Papa Francisco denuncia el peligro de que la Iglesia actúe con los laicos como “una Iglesia-canguro, que cuida al niño para ayudarlo a dormir. Es una Iglesia durmiente. Y nos invita a pensar en la responsabilidad de nuestro bautismo”³⁶. Por otro lado puede aparecer la tentación de reservar un interés tan marcado por los servicios y las tareas eclesiales que se llegue a una práctica dejación de sus responsabilidades específicas en el mundo profesional, social, económico, cultural y político; así como legitimar la indebida separación entre fe y vida, entre la acogida del Evangelio y la acción concreta en las más diversas realidades temporales y terrenas.

Si el clero está llamado a realizar un ejercicio de confianza en su grey, el seglar tiene que estar a la altura de las nuevas tareas que se le encomiendan, con la humildad de reconocer sus debilidades y limitaciones, pero con el compromiso firme de que en la barca de Pedro todos reman, todos echan las redes y todos tiran, cada uno con las fuerzas de las que dispone, para recoger la pesca.

El profesor Pedro José Gómez alerta de dos posturas teóricas que han tenido cierta difusión: “Por una parte, frente a quienes ven en los laicos la continuación de la misión de la jerarquía, ha de sostenerse que tienen una misión propia que depende de su consagración bautismal. Por otra, ante los que sostienen que los clérigos deben dedicarse a actuar dentro de la Iglesia y los seglares fuera, es preciso sostener que ambos deben actuar dentro y fuera, aunque sea con labores distintas”³⁷.

Más allá de los debates sobre los límites de esta misión y de estos ministerios compartidos, “los laicos deben ser hombres de Iglesia en el mundo sin dejar de ser hombres del mundo en el corazón de la Iglesia”³⁸. Esta presencia evangelizadora en los quehaceres cotidianos, pero también en la vida pública, exige una acción adulta en cada uno de los ámbitos donde puede y debe hacerse escuchar la propuesta del Reino: en la familia, en el trabajo, en la política, en la economía, en la educación y en la cultura.

Benedicto XVI subraya que en el entramado de la vida familiar, laboral y social, el mundo es lugar teológico, ámbito y medio de realización de su vocación y misión. Todos los ambientes, las circunstancias y las actividades en los que se espera que resplandezca la unidad entre la fe y la vida están encomendados a la responsabilidad de los fieles laicos, movidos por el deseo de comunicar el don del encuentro con Cristo y la certeza de la dignidad de la persona humana”³⁹. Así, los laicos están llamados a transformar el mundo, ya que la evangelización protagonizada por ellos “adquiere una nota

³⁶Francisco. Homilía en la capilla de Santa Marta.(17 de abril de 2013)

³⁷CELADA, J.L. 2008. Pliego: ¿Qué laicos? Vida Nueva. 2.611. p. 21-32

³⁸Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. 1979. Documento de Puebla, 786

³⁹Benedicto XVI. 15 de noviembre de 2008. Discurso a la Asamblea plenaria del Consejo Pontificio para los Laicos



específica y una peculiar eficacia por el hecho de que se realiza dentro de las comunes condiciones de la vida del mundo”⁴⁰.

Esto implica entrar de lleno en la Doctrina Social de la Iglesia, que plantea tres ejes de la acción laical: la dignidad de la persona, la subsidiariedad y la solidaridad con los débiles. No está de más que recordemos que los laicos han de ser el motor para construir un mundo más justo, favorecer estructuras que rompan con esa cultura del descarte que denuncia el Papa Francisco y promuevan una verdadera cultura del encuentro en todas las esferas de la vida pública. “Compete también a los fieles laicos participar activamente en la vida política de modo siempre coherente con las enseñanzas de la Iglesia, compartiendo razones bien fundadas y grandes ideales en la dialéctica democrática y en la búsqueda de un amplio consenso con todos aquellos a quienes importa la defensa de la vida y de la libertad, la custodia de la verdad y del bien de la familia, la solidaridad con los necesitados y la búsqueda necesaria del bien común. Los cristianos no buscan la hegemonía política o cultural, sino, dondequiera que se comprometen, les mueve la certeza de que Cristo es la piedra angular de toda construcción humana”⁴¹.

De esta manera, la Iglesia hoy por hoy, aprecia, valora e impulsa que “obreros de la viña son todos los miembros del Pueblo de Dios: los sacerdotes, los religiosos y religiosas, los fieles laicos, todos a la vez objeto y sujeto de la comunión de la Iglesia y de la participación en su misión de salvación. Todos y cada uno trabajamos en la única y común viña del Señor con carismas y ministerios diversos y complementarios”⁴². Eso sí, teniendo en cuenta que “la colaboración debe desarrollarse respetando las respectivas vocaciones y los diversos estilos de vida”⁴³.

PARA LA REFLEXIÓN Y EL COMPARTIR

- Seguimos con el diccionario personal y te proponemos una nueva palabra: laico.
- Del texto leído qué ideas resaltas.
- ¿Qué es para ti un laico? ¿qué rasgos destacarías de su vocación?
- ¿Qué dificultades encuentras para la vivencia profunda de la vocación laical?
- ¿Cómo podemos dar valor a la vocación laical en nuestro entorno eclesial?

2. LA VOCACIÓN E IDENTIDAD DE LA RELIGIOSA

2.1. El Fundamento de la vida religiosa

En el apartado anterior hemos profundizado en la teología de la vida laical y nos hemos maravillado de la riqueza que esconde. Ahora nos disponemos a conocer el sentido y valor de la vida religiosa, la cual se reconoce en la Iglesia como parte del pueblo de Dios.

⁴⁰ LG 35

⁴¹Congregación para la doctrina de la fe. 24 de noviembre de 2002. Nota Doctrinal sobre algunas cuestiones relativas al compromiso y la conducta de los católicos en la vida política

⁴²ChL 55

⁴³VFC 70

Aunque la palabra “consagrado” o “consagrada” la relacionamos con la vida religiosa, conviene recordar que todo cristiano ha sido consagrado a Dios por el bautismo, su vida ha sido marcada por la gracia, pertenece a Dios y está llamado a vivir el amor en plenitud. Así pues, la consagración religiosa está plenamente enraizada en la consagración bautismal. Supone unirse más plenamente a Él para manifestarlo como lo Único necesario: *Soy solo de Dios y no del mundo ni de las riquezas, pues hago voto de pobreza; soy todo de Dios y no de mis apetitos, pues hago voto de castidad; soy siempre de Dios y no de mi voluntad, porque hago voto de obediencia*⁴⁴.

La Vida Religiosa surge de la contemplación de la vida de Jesús, que nació y vivió pobre, dedicando toda su vida y energías al servicio de los hermanos en una vida célibe y obediente a la Voluntad de Dios. Los gestos y palabras, vida, muerte y resurrección de Jesús son el marco donde se perfila el modo de vida radical del religioso, que quiere tener a Jesús como “perfectísimo modelo en todo”⁴⁵.

“El fundamento evangélico de la vida consagrada se debe buscar en la especial relación que Jesús, en su vida terrena, estableció con algunos de sus discípulos, invitándoles no sólo a acoger el Reino de Dios en la propia vida, sino a poner la propia existencia al servicio de esta causa, dejando todo e imitando de cerca su *forma de vida*”⁴⁶.

Los religiosos proponen, mediante su compromiso personal y comunitario, que es hermoso vivir según los consejos evangélicos y que esto da una verdadera felicidad. Se necesita el valor de un seguimiento generoso y alegre para que los votos sean una respuesta radical de amor. De este modo, la virginidad ensancha el corazón del consagrado para hacerle capaz de amar como Él le ha amado. La pobreza le hace libre de la esclavitud material y temporal y le hace descubrir a Cristo único tesoro por el que verdaderamente vale la pena vivir. La obediencia pone la vida enteramente en sus manos para que la realice según el diseño de Dios⁴⁷.

Esta opción de vida exige una disponibilidad total, puesto que es una invitación a testimoniar la grandeza de Cristo y una respuesta a las exigencias del Reino.

A la vida consagrada se confía la misión de señalar al Hijo de Dios hecho hombre como la meta escatológica a la que todo tiende, el resplandor ante el cual cualquier otra luz languidece, la infinita belleza que, sola, puede satisfacer totalmente el corazón humano⁴⁸.

2.2. Signo de comunión en la misión

Jesús llamó personalmente a sus discípulos, uno por uno, para vivir en comunión con Él y con los otros discípulos, para compartir su vida y su destino (cf. Mc 3,13-15), para ser signo de la vida y de la comunión inaugurada por Él⁴⁹.

⁴⁴ PE 14

⁴⁵ C 6

⁴⁶ VC 14

⁴⁷ Cfr. CdC 22

⁴⁸ VC 16

⁴⁹ VFC 10



La comunidad religiosa, hace visible el don de la fraternidad concedido por Dios a toda la Iglesia. Por ello tiene como tarea y como misión ser signo y estímulo de comunión fraterna para todos los bautizados⁵⁰. Del don de la comunión, concedido por el Espíritu, proviene la tarea de la construcción de la fraternidad, es decir, llegar a ser hermanos los que han sido llamados a vivir juntos⁵¹.

No se define por ser una comunidad de amigos que se han elegido, sino que han sido llamados y convocados por el Señor. Siendo distintos en carácter, mentalidad y gustos están llamados a vivir en comunidad. Pues es "la caridad como una activa esperanza de lo que las demás pueden llegar a ser gracias a la ayuda fraterna"⁵². Acoger las debilidades y fortalezas de los hermanos es lo que construye la fraternidad. Así, la vida en comunidad de los consagrados se convierte en "signo de comunión fraterna" ante el mundo. "Expertos en comunión, los religiosos están llamados a ser en la comunidad eclesial y en el mundo testigos y artífices de aquel proyecto de comunión que está en el vértice de la historia del hombre según Dios"⁵³.

La persona enviada a la misión no va en nombre propio sino en nombre de Jesús, quien le ha enviado a través de la comunidad eclesial. Por tanto, la misión nace de la comunidad y se centra en Cristo. Todos los miembros de la comunidad participan de la misión evangelizadora, más allá de sus posibilidades o de su edad. Sólo Cristo da sentido a la misión, ya que en ella se imprime a Cristo y desde esta conformidad, se llega a descubrir el rostro del otro como un Cristo que no deja de clamar misericordia.

La misión se lleva a cabo en hacer presente a Cristo en el mundo mediante el testimonio personal. ¡Este es el reto, el quehacer principal de la vida consagrada! Cuanto más se deja conformar a Cristo, más lo hace presente y operante en el mundo para la salvación de los hombres⁵⁴.

La misión va más allá de la eficacia y el éxito pasajero. Vivir según los valores del Reino y testimoniar a Cristo es lo esencial de la acción misionera, "La misión apostólica, antes que en la acción, consiste en el testimonio de la propia entrega plena a la voluntad salvífica del Señor, entrega que se alimenta en la oración y la penitencia"⁵⁵.

La Iglesia tiene urgente necesidad de semejantes comunidades fraternas. Su misma existencia representa una contribución a la nueva evangelización, puesto que muestran de manera fehaciente y concreta los frutos del «mandamiento nuevo».

Los religiosos están llamados a ser punta de lanza en la evangelización, para llevar el evangelio a todas partes⁵⁶, acudiendo los primeros a la frontera, como Iglesia en salida para "el servicio a los más pobres y necesitados, siguiendo a quien no vino a ser servido sino a servir. Con la mirada fija en el rostro de Cristo, que no atenúa la entrega sino que la potencia"⁵⁷.

⁵⁰ VFC 2

⁵¹ Cfr. VFC 8 y 11

⁵² C 62

⁵³ VFC 8

⁵⁴ VC 72

⁵⁵ VC 44

⁵⁶ LG 44

⁵⁷ VC 75

2.3. Pasar de la separación al encuentro

Es cierto que durante mucho tiempo el carisma y la misión evangelizadora de cada Instituto se han entendido como exclusivos de los religiosos. Durante siglos, la vida religiosa ha vivido separada del mundo, distanciada de los seglares e incluso unas congregaciones de otras. Desde una Iglesia jerarquizada y convencida de los niveles de perfección según el estilo de vida, que reinó por mucho tiempo, se daba por supuesto que los religiosos eran los agentes activos de la misión y los laicos, los pasivos, es decir los destinatarios.

Desde el Concilio Vaticano II estamos asistiendo a un cambio de paradigma que exige un cambio de mentalidad. Para los religiosos, los laicos se convierten en compañeros y hermanos, corresponsables en la misión y herederos de un mismo carisma. Han comenzado a brotar signos de cercanía y sinceros deseos de crecer en el diálogo, la participación y colaboración, haciendo de la misión un espacio común.

El camino de la misión compartida se está recorriendo y no es algo opcional porque su razón de ser no se basa en que el número de religiosos esté a la baja sino que tiene un fundamento teológico desde la fe en un Dios Trinidad y en la eclesiología de la comunión.

La vida religiosa ha descubierto que la misión compartida le pide quitar las barreras establecidas durante siglos por los llamados «estados de vida cristiana». Quitar las barreras y salir a la intemperie donde los religiosos están preparados para acoger las riquezas de sus hermanos laicos.

Bajo esta nueva mentalidad, ya no identifican «misión compartida» con «trabajo compartido», ni miran a los laicos como voluntariado. Los religiosos han llegado al más profundo convencimiento de que ellos no son los propietarios del carisma; pues este es un don del Espíritu que puede ser compartido con los laicos.

PARA LA REFLEXIÓN Y EL COMPARTIR

- ¿Qué es para ti un consagrado/a?
- ¿Qué aspectos de la vida religiosa te han llamado la atención?
- ¿Qué esperas de las religiosas de tu comunidad local?

3. ECLESIOLOGÍA DE LA COMUNIÓN

La eclesiología conciliar ha puesto de relieve la complementariedad de las diferentes vocaciones en la iglesia, llamadas a ser juntos testigos del Señor resucitado en toda situación y en todo lugar. El encuentro y la colaboración entre religiosos y fieles seglares es un ejemplo de comunión eclesial y, al mismo tiempo, potencia las energías apostólicas para la evangelización del mundo⁵⁸.

Laicos y religiosos estamos llamados a reconocernos y complementarnos. Se trata, de unir vidas, visiones, misiones y vocaciones, que en principio pueden parecer alejadas, pero que cada vez se advierte con mayor claridad que están llamadas a encontrarse y caminar juntas.

⁵⁸ VFC 70



La unidad de la Iglesia no es uniformidad, sino integración orgánica de las legítimas diferencias; somos muchos miembros unidos en un solo cuerpo⁵⁹ con vocaciones diversas y complementarias. Esto es precisamente manifestación de la riqueza y vitalidad del Espíritu.

Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión es el gran desafío que tenemos ante nosotros, si queremos ser fieles al proyecto de Dios y responder también a las profundas esperanzas y necesidades de nuestro mundo⁶⁰, para ello hemos de promover una espiritualidad de la comunión.

Espiritualidad de la comunión significa:

- o una mirada hacia el misterio de la Trinidad que habita en cada uno de nosotros y reconocer también esa presencia en los hermanos que están a nuestro lado.
- o desarrollar la capacidad de sentir al otro como hermano de fe en la unidad del Cuerpo, como «uno que me pertenece», y sabe compartir sus alegrías y sus sufrimientos, intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad.
- o ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios.
- o saber «dar espacio» al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cfr. Ga 6,2) y rechazando las tentaciones egoístas que engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias.

La espiritualidad de la comunión da alma a la estructura institucional y es una llamada a la apertura y la confianza que responde plenamente a la dignidad y responsabilidad de cada miembro del Pueblo de Dios⁶¹.

¿QUÉ NOS DICE EL PADRE FAUSTINO?

Para el Padre Faustino, descubrir la vocación personal es el modo de comenzar a responder al proyecto de Dios sobre la persona. Así lo manifiesta en las cartas a los jóvenes, a quienes aconseja practicar el discernimiento en la oración personal:

Haced Dios mío que descienda sobre nosotras como sobre los apóstoles y discípulos, vuestro Divino Espíritu para que nos inflame en su amor y nos llene de sus dones y nos haga resueltas a trabajar siempre como aquellos en vuestra honra y gloria y la salvación propia y ajena. Es de fe que nos queréis santas; pues, santas queremos ser, Dios mío. Queremos cumplir vuestra santísima voluntad y para que nunca de ella se aparte la nuestra, también os la consagramos. Ya desde hoy no queremos tener más voluntad que la vuestra; manifestádnosla en cuanto pueda conducirnos a más y más cumplirla, a más y mejor amarnos, a servirnos como merecéis serlo y a nunca separarnos de la senda que queráis sigamos y deseamos conocer. Mostrádnosla, Dios mío; decidnos por dónde hemos de ir más pronto a Vos y con más seguridad.

⁵⁹ Cfr. NMI 46

⁶⁰ Cfr. NMI 43

⁶¹ NMI 45

Aquí estamos obedientes como Samuel; hablad a vuestras siervas que prontas están a obedeceros en cuanto les ordenéis; y si no lo estamos, haced que lo estemos y que jamás nos apartemos de la senda que nos tracéis; ¡que la conozcamos, Dios mío, y, conocida, la sigamos para siempre! Hablad, que prontas estamos a cumplir dóciles cuanto nos ordenéis.

¡La bendición de Dios descienda sobre vosotras y permanezca siempre! Que Él os colme de todas las gracias que os deseo y os dé luces para conoceros a vosotras mismas. Que conozcáis la importancia del tiempo que Dios os concede⁶².

Faustino sabe, por su experiencia vital, que el llamado de Dios es ante todo para ser felices “Dios os llama para haceros felices”⁶³; no obstante, ese camino conlleva fidelidad “Sed fieles y seréis felices como os lo deseo y pido al Señor os bendiga”⁶⁴ y otras muchas virtudes: “Yo, más que riquezas, quisiera disposición y espíritu, verdadera vocación y disposición para todo lo bueno y necesario”⁶⁵.

“La mayor ciencia de la criatura es dejarse toda en manos de su Creador, que sabe para qué la formó y cómo la ha de gobernar”⁶⁶.

“Seme toda de Dios y no hagas nada que no sea por Él y en su presencia”⁶⁷.

El P. Faustino ha experimentado en su vida, que seguir a Jesús y pertenecerle requiere de esfuerzo y de una continua conversión, incluso de la negación del propio ego, para ir alcanzando la libertad que conlleva una entrega más auténtica.

¿Queréis ser de Dios? No lo conseguiréis, y por qué ocultarlo, no lo conseguiréis si no por una continua mortificación de vuestros sentidos y pasiones y una abnegación completa de vosotras mismas; que el reino de los cielos exige violencia y sólo lo consiguen los que se la hacen⁶⁸.

⁶² Ep 67

⁶³ Ep 139

⁶⁴ Ep 30

⁶⁵ Ep 196

⁶⁶ Ep 135

⁶⁷ Ep 136

⁶⁸ Ep 139



MOMENTO DE ORACIÓN

- Tras una sencilla invocación al Espíritu, nos ponemos en disposición de escuchar la Palabra.
- Se proclaman dos lecturas sobre la comunión de dones y vocaciones

Jn 15, 4-5.8

“Permaneced en mí como yo en vosotros. Lo mismo que el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo ni no permanece en la vid, así vosotros si no permanecéis en mí. Yo soy la vid y vosotros los sarmientos... La gloria de mi Padre está en que deis muchos frutos y seáis mis discípulos”

Nuestra vocación es vivir, si permanecemos en Él damos fruto en la misión. Cristo es la cabeza y nosotros somos su cuerpo. Vivir en diversidad y complementariedad es una riqueza al poner generosamente nuestros dones al servicio de todos, según la vocación personal.

1 Cor 12

“Hay diversidad de carismas pero el Espíritu es el mismo. A cada cual se le otorga el Espíritu para bien común”

- Desde el silencio orante, nos detenemos en las palabras clave de estas breves lecturas. En muy pocas líneas, brotan términos de hondo calado vital: fruto, vid, sarmientos, yo, vosotros, discípulos, carisma, bien común, diversidad... ¿Cuál resuena en mí? ¿Qué palabra coloca hoy Dios en mi corazón? ¿Qué dice a tu vocación personal? Compártelo.
- Tras un nuevo tiempo de silencio, haz que resuenen en ti estas preguntas que te ayudarán a caminar en tu participación en la misión compartida calasancia: ¿Qué necesitamos los laicos y religiosas de nuestro grupo para crecer en comunión?
- Concluimos nuestro encuentro escuchando la canción “Con Él” de Mayte López.

Como una inmensa viña abrazando la tierra,
saciando con sus frutos el hambre y la sed del mundo,
somos Cuerpo de Cristo, pueblo de Dios, Iglesia,
carismas diferentes a la comunión llamados.

AMAR COMO JESÚS Y SER LA SAL,
LA LUZ, LA LEVADURA.
VIVIR ABRIENDO EL CORAZÓN
HACERSE PAN, HACERSE VINO (bis) CON ÉL Y EN ÉL.

Como un grano de trigo, tan sencillo y humilde,
o un grano de mostaza, tan pequeño y tan fecundo,
tesoros escondidos, buenos samaritanos,
levadura en la masa, fuego vivo y odres nuevos.

CATEQUESIS 3: CARISMA CALASANCIO, LEGADO COMPARTIDO

Lo que nos mueve

PARA EMPEZAR...

Se proyecta el siguiente vídeo musical para comenzar la catequesis:
<https://www.youtube.com/watch?v=cSlGocYJ2Dk>

¿Qué sensaciones os ha provocado este videoclip? ¿Qué tiene en común con nuestro tema?

En las dos anteriores catequesis, hemos reflexionado sobre aquello que une, esto es, la vocación de todo cristiano como hijo de Dios para anunciar el Evangelio. A partir de ese sacerdocio común que se nos regala con el bautismo, nos adentramos en la vocación específica que nace de la llamada que recibimos cada uno para vivir en plenitud, para ser felices, para ser santos.

Buscamos la felicidad en Jesús, materializada en un proyecto concreto como religiosas o como laicos, que nos enriquece como Iglesia. Dentro de esta llamada surge otra que nos mueve y nos impulsa en nuestro día a día, un apellido que para nosotros no es accesorio sino que configura nuestra identidad. Somos religiosas calasancias. Somos laicos calasancios. Somos calasancios, como sustantivo, no como adjetivo.

Es un sustantivo porque nos define dentro de nuestra vocación específica. Es sustantivo porque responde a un carisma nacido y reconocido por la Iglesia como un itinerario evangélico concreto para ser felices. Pero, ¿qué es un carisma? ¿en qué se traduce el carisma calasancio?

1. EL REGALO DEL CARISMA

El carisma es una puerta por la que se entra en el misterio del Cristo total; una luz que nos permite ver el panorama total del Evangelio; una lente que nos lleva a focalizar nuestra mirada para leer bien el Evangelio.

Desde ahí, el carisma se presenta como un regalo de Dios en un momento de la historia que se manifiesta como un modo de revelar el rostro de Jesús y de encarnar la misión de servicio de la Iglesia. Es un lugar teológico y por él se transmite una experiencia determinada y determinante, y enganchada a los tiempos y a los lugares, pero que implica a cada persona, como sujeto vivo y entramado en un tejido de relaciones comunitarias.

Los carismas se conceden a una persona concreta, en nuestro caso, a san Faustino Míguez. Sin embargo, "pueden ser participados también por otros y, de este modo, se



continúan en el tiempo como viva y preciosa herencia, que genera una particular afinidad espiritual entre las personas"⁶⁹.

Lo esencial del carisma fundacional es su capacidad de atraer a muchos creyentes que sintonizan en el mismo carisma. El carisma adquiere su mejor expresión no en cada uno por separado, sino en el conjunto de los que lo viven. Carisma va unido a comunidad. El auténtico carisma fundacional es una expresión de la comunión para la misión que representa a la Iglesia misma.

La identidad carismática se convierte en misión cuando se transforma en un proyecto personal, colectivo y eclesial. Estamos invitados a suscitar y a plantear preguntas sin la pretensión de respuestas inmediatas, que dejan dentro la inquietud de interrogarnos de nuevo. Es la raíz de una misión que se proyecta más allá de nuestro horizonte.

Nuestro Carisma Calasancio de Hijas de la Divina Pastora, don especial de Dios a la Iglesia, lo dejó plasmado el P. Fundador en las primitivas Reglas, que dicen:

El objeto de las Hijas de la Divina Pastora es buscar almas y encaminarlas a Dios por todos los medios que estén al alcance de la caridad, por tanto, animadas de un espíritu apostólico y con una abnegación sin límites, acudirán al socorro de las almas que las necesitaren y la obediencia les indicare, aún con exposición de su misma vida, sin más armas que las de la caridad, ni otro móvil que el de la gloria de Dios y el de la salvación propia y ajena.

Para evitar que la inocencia del corazón se pierda entre las tinieblas de la ignorancia, se dedicarán a la enseñanza de párvulos, jóvenes y adultas, externas, colegialas o asiladas, de cualquier clase y condición que sean, y a las horas y en los puntos que más convenga⁷⁰.

El carisma calasancio, impulsa a estar siempre atento a la búsqueda del más necesitado, hace suyo la parábola de la oveja perdida (Mt 18, 10-14), que sin importar la cantidad de los atendidos, no duda en ponerse en marcha para buscar y encaminar a todo aquel perdido, necesitado, enfermo..., con especial predilección por los más pequeños, porque como en la parábola, no hay mayor alegría que la del encuentro. El carisma calasancio no busca otra cosa que la mayor gloria de Dios, que lleva a la salvación propia y ajena.

Jesús, Maestro y Pastor, junto a su Madre, Divina Pastora, son modelo para los que hemos recibido el carisma calasancio de Hijas de la Divina Pastora. Movidos por un amor sin límites y el deseo de llevar el Evangelio al que está perdido, salimos de nosotros mismos para buscar, encontrar y acompañar al niño, al joven y a la mujer marginada. Desde ahí, el carisma calasancio se centra especialmente en la niñez y juventud, asumiendo como un mandato categórico las palabras de Jesús: "Dejad que los niños vengan a mí" (Mt 19, 13-15).

El carisma inspira una espiritualidad en la que nos encontramos desde la vocación personal al servicio del Reino de Dios.

⁶⁹ ChL 24,3

⁷⁰ C 5

Nuestra espiritualidad, según recogen las Constituciones, se define principalmente por los siguientes rasgos:

- **Tomar a Cristo por único y perfectísimo modelo** en todo y renunciar por Él a todo lo que no sea para honra y gloria de este, que tenía por única comida hacer la voluntad de su Padre.
- **Amar a María, primera colaboradora en la obra de la salvación**, sublime ejemplo, el más acabado y en el que se ven reunidos todos los rasgos de la perfección cristiana, bajo cuya protección nuestro Padre Fundador pone el Instituto para que, tal fue la Madre tales deben procurar ser sus hijas.
- **Cultivar la humildad** como virtud característica, que nos hace fieles a Dios y al prójimo y humildes de espíritu y de corazón.
- **Vivir con sencillez** tal que nos haga pequeñas con las pequeñas, mirándolas como madres por amor de Aquel que, siendo Hijo de Dios, se anonadó hasta tomar la forma de siervo por amor nuestro.
- **Permanecer abiertas a las necesidades de los hermanos** procurando estar dispuestas para cuando las circunstancias lo pidan, a sacrificarse por su prójimo y a dar por sus almas hasta su propia vida⁷¹.

Esta espiritualidad calasancia contagia el ser y hacer tanto de laicos como religiosas tomando a Jesús como centro, a María como guía, y asumiendo como rasgos primordiales la humildad y la sencillez. Todo, con una apertura de miras a las necesidades de los que tenemos a nuestro alrededor, en línea de esa Iglesia en salida que pide el Papa Francisco.

Y todo ello, en comunidad. "Suscitado nuestro Instituto por el Espíritu del Señor en la Iglesia, siente un profundo amor hacia ella y se considera parte integrante de la misma. Por tanto, quiere vivir la misión propia en espíritu de plena entrega a ella, secundando sus iniciativas y tomando parte en sus alegrías y sufrimientos..."⁷²

Nos sentimos Iglesia, herederos de una larga trayectoria que nace de aquellos discípulos que compartieron mesa con Jesús, unidos a tantos cristianos que han entregado su vida por anunciar el Evangelio en estos siglos y a tantos hermanos que hoy luchan por hacer un mundo más fraterno y más humano. Somos calasancias porque somos Iglesia: "Nosotros hoy, convocadas por el Espíritu y el carisma fundacional, vivimos nuestra respuesta a la llamada de Dios como miembros de una familia en la Iglesia..."⁷³

Así, en el Capítulo V de las Constituciones del Instituto se detalla que "Cristo enviado por el Padre, proclama el Reino y realiza la redención. La Iglesia, continuadora de su obra, impulsada por el Espíritu, lleva a todos los hombres la Buena Nueva. Ella, al reconocer el Instituto, nos hace partícipes de modo especial de su misión evangelizadora, en la que colaboramos conforme a nuestro carisma"⁷⁴.

⁷¹ C 6

⁷² *Ibíd.*, 8

⁷³ *Ibíd.*, 7

⁷⁴ *Ibíd.*, 76



Decir Iglesia es decir comunidad universal, pero también comunidad local, esa en la que nos conocemos y nos reconocemos por nuestro nombre, con las singularidades que aportamos cada uno. Nuestro grupo de referencia nos acompaña en el día a día, en la alegría y en los tropiezos, en la tarea y la fiesta. Ni religiosas ni laicos vivimos en soledad nuestra fe y nuestro envío a la misión. Caminamos en grupo, en equipo, como aquellos apóstoles que iban de dos en dos, que se apoyaban mutuamente.

Nos lo recuerda Benedicto XVI, al defender que “no puedo construir mi fe personal en un diálogo privado con Jesús, porque la fe me ha sido dada por Dios a través de una comunidad de creyentes que es la Iglesia, y por lo tanto me inserta en la multitud de creyentes, en una comunidad que no solo es sociológica, sino que está enraizada en el amor eterno de Dios”⁷⁵.

Si entendemos nuestra misión como un proceso de evangelización a través de un proyecto educativo, el principal servicio que la comunidad puede prestar no es lo que sus miembros “hacen”, sino lo que la comunidad “es”: el testimonio de su vida cristiana vivida en comunión, la síntesis de fe, cultura y vida, objetivo de la educación cristiana, plasmada en un grupo de personas que sirven de referencia a la vida escolar y a la comunidad local. Desde una eclesiología de comunión y participación se desprende una actitud de corresponsabilidad en la acción común por construir el Reino.

Porque si algo se exige al seguidor de Jesús al estilo calasancio es que el testimonio de su vida sea “una invitación al seguimiento de Cristo...”⁷⁶

Y si nuestra fe no tiene sentido de forma aislada, tampoco nuestra misión evangelizadora como educadores, que tiene como finalidad que aquellos que pasan por nuestras manos, sea en el aula, en los talleres de promoción de la mujer y en tantos proyectos que lleven el sello calasancio, tengan como objeto hacer buenos cristianos, buenos hijos, buenas familias, buenas madres, en tanto que “miembros útiles de la sociedad”⁷⁷.

Solo desde ahí adquiere sentido pleno el carisma que nos ha regalado Faustino Míguez y que nos invita a custodiar, no en una jaula de cristal, sino a modo de río del que sigue manando agua viva “con la dedicación a los humildes y pequeños, como lo hizo nuestro Fundador, para dar un sentido más humano al hombre y a su historia”⁷⁸.

Y es en esta encomienda de custodiar y contagiar el carisma, donde la Constituciones del Instituto plantean una hoja de ruta que concierne especialmente a las religiosas y laicos que comparten el carisma: “Nos exige una constante renovación y adaptación y nos impone el solemne deber de proporcionar los medios a lo sublime de nuestra misión, tan vasta como difícil”⁷⁹. Fruto de esta necesaria creatividad son los pasos que estamos dando en misión compartida, conscientes de que esa inquietud del Espíritu que movió a Faustino a fundar un instituto de vida consagrada hoy se amplía para formar una familia carismática donde nacen vocaciones diferentes para una misma misión, sin fronteras ni barreras para nadie.

⁷⁵ Benedicto XVI. Catequesis y audiencia general. 31 de octubre de 2012.

⁷⁶ C 10

⁷⁷ C 9

⁷⁸ *Ibíd.*, 9

⁷⁹ C 9

PARA LA REFLEXIÓN Y EL COMPARTIR

- ¿De qué manera el carisma y espiritualidad que se presentan en las Constituciones del Instituto Calasancio se pueden asumir en la vivencia de la vocación laical calasancia?
- ¿Con qué rasgos del Carisma te identificas personalmente y de qué manera se manifiestan en tu vida?

2. COMPARTIR EL CARISMA

El carisma del Instituto Calasancio es el lazo que establece la cohesión interna entre todos los que compartimos la misión calasancia en la misma medida en que avanzamos en el proceso de comunión. Compartimos misión, con todo lo que implica este término, que va mucho más allá de compartir tareas en lo concreto para dar el salto a compartir fe y vida.

La misión no se puede reducir a un conjunto de tareas que desarrolla un grupo de educadores y religiosas. Misión es la participación en el diseño de salvación que Dios tiene para toda la humanidad: "Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad" (1 Tim 2,4). Cualquier persona que contribuya a la salvación del hombre, a la renovación de la sociedad humana, está participando en la obra de Dios.

Una manera concreta de participar en la obra de Dios, en la misión salvífica de la Iglesia es, según el P. Faustino, a través del ministerio educativo: *La obra más noble, la más grande y la más sublime del mundo porque abraza a todo el hombre, tal como Dios le ha concebido, tal como Dios le ha criado. Esta es la obra divina, la creación continuada, es la altísima misión de la Escuela Pía, misión de mayor interés y de la importancia más decisiva, así para la dignidad y dicha del individuo y de la familia como de la misma sociedad entera*⁸⁰.

Las Constituciones traducen este anhelo del santo al día a día del carisma: "Nuestra misión la llevamos a cabo principalmente en la escuela como lugar privilegiado para la formación integral. En ella transmitimos una concepción del mundo, del hombre y de la historia en la que Jesucristo es el centro y el Evangelio norma de vida"⁸¹.

No está de más que nos detengamos en una de las palabras que se incluye en la anterior cita: "principalmente". La vocación educadora de todo laico y religiosa calasancia se materializa principalmente en el aula, pero no exclusivamente. Así, los signos de los tiempos, o lo que es lo mismo, las respuestas a las necesidades de la humanidad doliente en la que nos movemos, han hecho que esta mirada al mundo con los ojos de Jesús Maestro haya permitido que el Instituto diera un salto de la enseñanza reglada del colegio a otras fórmulas igualmente acordes con el carisma.

*"Aceptamos, además de la escuela, cualquier obra que dentro de nuestro carisma, contribuya al mayor bien temporal y eterno del prójimo"*⁸².

⁸⁰ HPF 54

⁸¹ C 77

⁸² C 90



De la misma manera, lejos de reducir la acción evangelizadora en una única etapa vital marcada por los sistemas educativos de cada país donde hay una comunidad presente, esta misión educadora ha sabido dar el salto para promover la formación y emancipación de la mujer, retomando así la inquietud inicial que llevó al Padre Faustino a implicarse en aquella escuela de amigas de Sanlúcar de Barrameda, donde no vio únicamente a niñas que necesitaran aprender determinadas destrezas, sino el pilar de la familia y de la sociedad que estaban llamadas a ser unos años después.

El carisma calasancio está llamado a empapar por entero a aquel que se siente identificado con él. De esta manera la misión educadora al estilo de san Faustino Míguez se hace presente las 24 horas del día, en cada gesto, en cada palabra. Este vivir la evangelización en el día a día como una manera de educar al otro, ha hecho que este carisma se haya extendido a laicos que no necesariamente desempeñan una profesión ligada directamente al mundo del magisterio, como a las religiosas que han dejado de tener una relación directa y presencial como tutoras o profesoras. El carisma calasancio entronca aquí directamente con el concepto de educación integral en su sentido más amplio que tiene como marco de referencia la escuela de la vida, como invitaba el padre Faustino, siguiendo "el camino al que Dios os llame". En este contexto, podríamos decir que Misión Compartida, en un sentido amplio, es la participación de todos los que realizamos el Proyecto Evangelizador Calasancio.

"El fin último de nuestra misión es la educación en la fe. Con ésta buscamos que la niñez y juventud se hagan más conscientes del don de la fe recibido en el bautismo, y que al mismo tiempo que se inician en el conocimiento del misterio de la salvación, respondan con una adhesión personal a Cristo y sean testigos suyos entre los hombres"⁸³.

Un médico, un ayudante en el comedor, un economista o un reponedor puede ser educador de quienes tiene a su alrededor, con ese poso de fondo de san Faustino Míguez que propone a todos los seguidores de Cristo a realizar cualquier proyecto vital "por su amor y su gloria". Todo espacio laboral, familiar, digital... puede transformarse en lugar idóneo para promover una cultura del encuentro bajo la invitación de san Faustino Míguez de que "quien busca a Dios, en todas partes lo encuentra". De esta misma manera, quien se siente vocacionado como educador, en todas partes se ofrece para atender las inquietudes del otro y promover su crecimiento y madurez.

Porque educar no deja de ser otra cosa que promover un cambio en el otro, darle las herramientas para transformar su ser, para crecer y madurar para que se identifiquen con el Evangelio. Porque identificarse con los pequeños no solo supone hacerlo con aquellos que son menores de edad, sino con aquellos que son tan pequeños que no cuentan en una sociedad que descarta a quienes no les son útiles o cómodos: los pobres, los migrantes, los desempleados, las personas con discapacidad... "En verdad os digo que cuando lo hicisteis a uno de estos hermanos míos, aun a los más pequeños, a mí me lo hicisteis" (Mt 25, 40).

Así nos lo recuerda Francisco en la carta enviada a toda la familia calasancia con motivo del 400 aniversario del nacimiento de las Escuelas Pías como Congregación Religiosa, creadas por San José de Calasanz: "Hoy más que nunca necesitamos una pedagogía evangelizadora que sea capaz de cambiar el corazón y la realidad en sintonía con el Reino de Dios, haciendo a las personas protagonistas y partícipes del proceso. La educación cristiana, especialmente entre los más pobres y allí donde la

⁸³ C 79

Buena Nueva tiene poco espacio o toca marginalmente la vida, es un medio privilegiado para lograr este objetivo. En un carisma educativo como el suyo se perciben enormes potencialidades, muchas de las cuales están aún por descubrir”⁸⁴.

Entre estas nuevas oportunidades que se presentan y que sin duda son fruto del soplido del Espíritu, se encuentra ese compartir el legado vivo de san Faustino desde una corresponsabilidad entre religiosos y laicos para que esta educación integral en todas las etapas y contextos vitales permita verdaderamente “comprender y acoger la presencia de Dios en el corazón de cada ser humano, desde la más tierna infancia, haciendo uso del conocimiento humano (las “letras”) y divino (la “piedad”). Sólo la coherencia de una vida basada en este amor les hará fecundos”⁸⁵.

Las palabras de Juan Pablo II en la celebración de la beatificación del P. Faustino, nos confirman en la convicción de que el carisma puede ser compartido: “Su ejemplo luminoso, entrelazado de oración, estudio y apostolado, se prolonga hoy en el testimonio de sus hijas y de tantos educadores que trabajan con denuedo e ilusión para grabar la imagen de Jesús en la inteligencia y el corazón de la juventud”⁸⁶. A renglón seguido, el santo polaco reconocía cómo “la beatificación del P. Faustino alegra hoy el caminar de la Iglesia, Madre y Maestra, e impulsa, como modelo de educador cristiano el compromiso evangelizador de los colegios católicos de cara al tercer milenio”.

Por eso, no hay que dudar al afirmar que el carisma se afianza cuando llega a ser lugar central de referencia para las relaciones entre los laicos y las religiosas, cuando esa Piedad y Letras, esa fe y cultura, nos impulsan a salir de la mano al encuentro de los pequeños y a cuidarnos y acompañarnos entre nosotros para hacer más fructífera esta entrega común. Para ello tiene que darse una auténtica vocación a vivir ese carisma y hacerlo en estados de vida distintos, pero complementarios. Así, “a medida que se avanza en su asimilación nos centramos menos en lo diferenciador y mucho más en la comunión entre religiosas y laicos”⁸⁷.

La misión compartida entre laicos y religiosas calasancios es una esperanza de hoy y del futuro. Caminar juntos es un ejercicio permanente y consciente de cada laico y religiosa, no solo mirando al presente, sino soñando con nuevas formas de vida que lleven a confirmar y responder a este maravilloso regalo: haberse encontrado en la persona de Jesucristo bajo un sello carismático y una misión concreta, el legado compartido de san Faustino Míguez.

¿QUÉ NOS DICE EL PADRE FAUSTINO?

Habla el P. Fundador, 86

Ánimo; que todos los que estamos unidos con J.C., somos hijos de Dios y de María; somos hijos en él y con él, en él y con él formamos un solo hijo de Dios, un solo hijo de María, porque en él y con él formamos una misma cosa, un sólo compuesto físico, un sólo cuerpo místico. Como hombres todos somos hijos de su amor y sus dolores, hijos adoptivos, hijos de gracia, hijos diferentes y distintos de J.C., porque María cooperó con su amor y sus dolores al nacimiento espiritual de todos. Pero en calidad de verdaderos

⁸⁴ *Ibíd.*

⁸⁵ *Ibíd.*

⁸⁶ JUAN PABLO II. Homilía de la beatificación del P. Faustino Míguez. 25 de octubre de 1998

⁸⁷ JOSÉ MARÍA ARNAIZ, Vida y Misión Compartidas, 2014



cristianos, de verdaderos discípulos de J.C., incorporados a J.C., y hecho una misma cosa con J.C., no formando más que un mismo cuerpo con J.C., tampoco formamos más que un solo hijo con Jesús, una misma cosa con Jesús.

Testamento Espiritual, 26

Que os miréis y os portéis todas como miembros del mismo cuerpo y desempeñe cada una el papel que le corresponde en inalterable armonía con las demás; que sólo así habrá orden y perdurará el bienestar del Instituto. Que las que bien quieran y deseen la prosperidad de su Congregación copien en su conducta la de cada parte de su propio cuerpo que nunca molesta a su vecina, jamás usurpen su oficio ni aspire a suplantarla. Si una sufre todas se (compadecen) conduelen y cooperen a su alivio. Imitad esa armonía, ayudaos mutuamente; amaos mucho en Cristo.

PARA LA REFLEXIÓN Y EL COMPARTIR

Jn 15, 14.16

A vosotros os he llamado amigos porque os comuniqué cuanto escuché a mi Padres. No me elegisteis vosotros, yo os elegí y os destiné a ir y dar fruto.

I Cor 12, 4-31

A cada uno se le da una manifestación del Espíritu para el bien común. Uno por el Espíritu tiene el don de hablar con sabiduría, otro según el mismo Espíritu el hablar con penetración, otro por el mismo Espíritu la fe, otro por el único Espíritu carisma de sanaciones, otro realizar milagros, otro profecía, otro discreción de espíritus, otro hablar lenguas diversas, otro interpretarlas. Pero todo lo ejecuta el mismo y único Espíritu repartiendo a cada uno como quiere. Como el cuerpo, siendo uno, tiene muchos miembros, y los miembros, siendo muchos, forman un solo cuerpo, así es el Mesías. Todos nosotros, judíos o griegos, esclavos o libres, nos hemos bautizado en un solo Espíritu para formar un solo cuerpo, y hemos absorbido un solo Espíritu. El cuerpo no consta de un miembro, sino de muchos. Si el pie dijera: Como no soy mano no pertenezco al cuerpo, no por ello dejaría de pertenecer al cuerpo. Si el oído dijera: Como no soy ojo no pertenezco al cuerpo, no por ello dejaría de pertenecer al cuerpo. Si todo el cuerpo fuera ojo, ¿cómo oiría?; si todo fuera oído, ¿cómo olería? Dios ha dispuesto los miembros en el cuerpo, cada uno como ha querido. Si todo fuera un solo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo? Ahora bien, los miembros son muchos, el cuerpo es uno. No puede el ojo decir a la mano: No te necesito; ni la cabeza a los pies: No los necesito. Más aún, los miembros del cuerpo que se consideran más débiles son indispensables, y a los que consideramos menos nobles los rodeamos de más honor. Las partes indecentes las tratamos con más decencia; las decentes no lo necesitan. Dios organizó el cuerpo dando más honor al que carece de él, de modo que no hubiera división en el cuerpo y todos los miembros se interesaran por igual unos por otros. Si un miembro sufre, sufren con él todos los miembros; si un miembro es honrado, se alegran con él todos los miembros. Vosotros sois cuerpo del Mesías, y miembros singulares suyos. Dios los dispuso en la Iglesia: primero apóstoles, segundo profetas, tercero maestros, después milagros,

después carisma de sanaciones, de asistencia, de gobierno, de lenguas diversas. ¿Son todos apóstoles?, ¿son todos profetas?, ¿son todos maestros?, ¿todos taumaturgos?, ¿tienen todos carismas de sanaciones?, ¿hablan todos lenguas arcanas?, ¿son todos intérpretes? Aspirad a los carismas más valiosos.

- Después de leer los textos, ¿qué resuena en ti?
- ¿Qué aspectos del carisma están aportando los laicos? ¿Y las religiosas?
- ¿Vivimos nuestra misión desde la espiritualidad calasancia? ¿En qué se nota?
- Como grupo de fe ¿qué podemos aportar a nuestra comunidad local (colegio, parroquia, barrio)?

MOMENTO DE ORACIÓN

- Agradecidos del carisma calasancio, como regalo de Dios a la Iglesia en general y, a nosotros, en particular, y como depositarios y corresponsables de este don, nos dirigimos juntos a Él con esta oración:

Que seamos, Señor, manos unidas en oración y en el don
Unidas a tus Manos en las del Padre,
Unidas a las alas fecundas del Espíritu
Unidas a las manos de los pobres

Manos del Evangelio, sembradoras de Vida,
lámparas de Esperanza, velos de Paz.

Unidas a tus Manos solidarias, partiendo el Pan de todos.
Unidas a tus Manos traspasadas en las cruces del mundo.
Unidas a tus Manos ya gloriosas de Pascua.

Manos abiertas, sin fronteras, hasta donde haya manos.
Capaces de estrechar el Mundo entero,
fieles al Tercer Mundo, siendo fieles al Reino.
Tensas en la pasión por la Justicia, tiernas en el Amor.
Manos que dan lo que reciben, en la gratuidad multiplicada,
siempre más manos, siempre más unidas.

(Pedro Casaldáliga)



CELEBRACIÓN:

GRACIAS POR EL DON DEL ESPÍRITU

PREPARACIÓN: CONOCER, AMAR Y VIVIR LA PALABRA DE DIOS

Un método milenario de orar es la "Lectio Divina", o "Lectura orante de la Palabra de Dios", que a través de cinco pasos nos ayuda a vivir una experiencia profunda con la Palabra. "Si un texto de la palabra de Dios no te cambia, quiere decir que no la has leído".

Se entregará a cada participante un trozo de papel en forma de llama que utilizará para plasmar su compromiso al final de la oración.

ACOGIDA

- o Canción: Sopla tu viento, Betsaida (Con María ¡Si!)

INVOCACION AL ESPIRITU SANTO

Ven, Espíritu Santo. Despierta nuestra fe débil, pequeña y vacilante. Enséñanos a vivir confiando en el amor insondable de Dios, nuestro Padre, a todos sus hijos e hijas, estén dentro o fuera de tu Iglesia. Si se apaga esta fe en nuestros corazones, pronto morirá también en nuestras comunidades e iglesias.

Ven, Espíritu Santo. Haz que Jesús ocupe el centro de tu Iglesia. Que nada ni nadie lo suplante ni oscurezca. No vivas entre nosotros sin atraernos hacia su Evangelio y sin convertirnos a su seguimiento. Que no huyamos de su Palabra, ni nos desviemos de su mandato del amor. Que no se pierda en el mundo su memoria.

Ven, Espíritu Santo. Abre nuestros oídos para escuchar tus llamadas, las que nos llegan hoy, desde los interrogantes, sufrimientos, conflictos y contradicciones de los hombres y mujeres de nuestros días. Haznos vivir abiertos a tu poder para engendrar la fe nueva que necesita esta sociedad nueva. Que, en tu Iglesia, vivamos más atentos a lo que nace que a lo que muere, con el corazón sostenido por la esperanza y no minado por la nostalgia.

Ven, Espíritu Santo. Purifica el corazón de tu Iglesia. Pon verdad entre nosotros. Enséñanos a reconocer nuestros pecados y limitaciones. Recuérdanos que somos como todos: frágiles, mediocres y pecadores. Libéranos de nuestra arrogancia y falsa seguridad. Haz que aprendamos a caminar entre los hombres con más verdad y humildad.

Ven, Espíritu Santo. Enséñanos a mirar de manera nueva la vida, el mundo y, sobre todo, las personas. Que aprendamos a mirar como Jesús miraba a los que sufren, los que lloran, los que caen, los que viven solos y olvidados. Si cambia nuestra mirada, cambiará también el corazón y el rostro de tu Iglesia. Los discípulos de



Jesús irradiaremos mejor su cercanía, su comprensión y solidaridad hacia los más necesitados. Nos pareceremos más a nuestro Maestro y Señor.

Ven, Espíritu Santo. Haz de nosotros una Iglesia de puertas abiertas, corazón compasivo y esperanza contagiosa. Que nada ni nadie nos distraiga o desvíe del proyecto de Jesús: hacer un mundo más justo y digno, más amable y dichoso, abriendo caminos al reino de Dios.

LECTURA DE LA PALABRA DE MANERA SOLEMNE

¿Qué dice el texto?

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles (2, 1-13)

Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos juntos en un mismo lugar. De repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso que llenó toda la casa donde estaban sentados, y se les aparecieron lenguas como de fuego que, repartiéndose, se posaron sobre cada uno de ellos.

Todos fueron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba habilidad para expresarse. Y había judíos que moraban en Jerusalén, hombres piadosos, procedentes de todas las naciones bajo el cielo.

Y al ocurrir este estruendo, la multitud se juntó; y estaban desconcertados porque cada uno los oía hablar en su propia lengua. Y estaban asombrados y se maravillaban, diciendo: Mirad, ¿no son galileos todos estos que están hablando? ¿Cómo es que cada uno de nosotros los oímos hablar en nuestra lengua en la que hemos nacido?

Partos, medos y elamitas, habitantes de Mesopotamia, de Judea y de Capadocia, del Ponto y de Asia, de Frigia y de Panfilia, de Egipto y de las regiones de Libia alrededor de Cirene, viajeros de Roma, tanto judíos como prosélitos, cretenses y árabes, los oímos hablar en nuestros idiomas de las maravillas de Dios. Todos estaban asombrados y perplejos, diciéndose unos a otros: ¿Qué quiere decir esto? Pero otros se burlaban y decían: Están borrachos.

Palabra de Dios

(Después de leer el texto se deja unos minutos de silencio para que cada participante comparta aquella palabra o frase que ha resonado en él. Al finalizar se vuelve a leer el texto en alto)

MEDITACIÓN O REFLEXIÓN

El mismo Espíritu que alentó la vida de Jesús sigue alentando la nuestra para que también nosotros hagamos la voluntad de Dios, como Jesús hizo la voluntad del Padre. De hecho, la presencia del Espíritu dinamiza de tal modo la Iglesia que aquellos que estaban escondidos con las puertas cerradas por miedo a los judíos, salen inmediatamente y se convierten en misioneros valientes que predicán incluso en el templo de Jerusalén. El impulso de la Iglesia empieza con la recepción del Espíritu Santo, él es el motor de la Iglesia de todos los tiempos, también de la nuestra.

En el texto descubrimos cómo se produjo y qué supuso ese acontecimiento determinante para la historia de la Iglesia y para nuestra propia vida.

En primer lugar, nos fijamos en la disposición de los discípulos antes de recibir el don del Espíritu: estaban todos reunidos con un mismo objetivo. Estaban todos juntos, pero no sólo físicamente, sino también espiritualmente. Podríamos decir que esa comunión en un mismo objetivo implica que estaban con-carde, es decir, con un solo corazón, con una sola intención. ¡Cuánto une caminar juntos hacia una misma meta! Parece que el Espíritu gusta de esta disposición basada en la comunión afectiva y efectiva.

Precisamente cuando los discípulos se encontraban juntos de repente vino del cielo un don. Sólo cuando los apóstoles están estables en la concordia de los corazones y perseveran en una oración expectante, el Espíritu puede invadirles plenamente.

El Espíritu actúa personalmente en cada bautizado. Se trata de lenguas distintas, que entran de modo personal en cada uno de los presentes, de modo que cada uno puede sentirse plenamente él mismo y al mismo tiempo invadido del Espíritu Santo. El Señor nunca anula nuestra individualidad; su trato es siempre personal. Si dejamos que el Espíritu se pose, toma posesión definitiva de cada uno de nosotros. Nunca nos podrán robar el don del Espíritu recibido en el bautismo. Somos templo del Espíritu y lo somos para siempre porque los dones de Dios son irrevocables.

El texto no dice sólo que el Espíritu actúa individualmente en cada bautizado, sino también afirma que el Espíritu llenó toda la casa en la que se encontraban. El Espíritu quiere llenar por completo el lugar en el que habita. Es el único que tiene la capacidad de colmar nuestro ser. Si dejamos que el Espíritu habite plenamente en nosotros, no habrá vacío en nuestro interior porque él lo llenará todo, estaremos siempre llenos de su presencia. Además, el Espíritu quiere que nada de nosotros quede sin su presencia transformadora.

Esta lectura nos muestra el valor de la diversidad, así como el poder del Espíritu que nos permite entendernos y complementarnos. Es el Espíritu Santo quien pone en marcha a la Iglesia. Es su alma y su motor. Sin Él, la Iglesia es un grupo de hombres más, sin fuerza, sin entusiasmo, sin vida. He aquí el secreto de la Iglesia: no con "algo" de Espíritu Santo, sino "llenos" de Él; y llenos no alguno, sino "todos".

ORACIÓN CON LA PALABRA MEDITADA

¿Qué le quiero decir yo a Dios con el texto?

El Espíritu de Pentecostés que conduce a la Iglesia es el que recibiste en tu bautismo y en tu confirmación, ¿te dejas guiar por él en tus decisiones?

El Espíritu Santo quiere posarse sobre cada uno de nosotros y bendecir la totalidad de nuestra existencia. ¿En qué recovecos de nuestra alma puede encontrar resistencia a su acción? ¿Le dejas que resida, cada vez más, en mí y en mi casa hasta llenarla por completo?

Los apóstoles estaban juntos con un mismo motivo, ¿qué puedes hacer para favorecer la comunión entre nosotros?



COMPROMISO

¿Qué hacer como resultado de la oración?

A partir de lo que has meditado, escribe en tu papel con forma de llama tu compromiso, ofrécelo y comparte con el resto del grupo tu oración en forma de petición, acción de gracias, gesto...

ORACIÓN FINAL TODOS JUNTOS

Señor Jesús, te damos gracias por tu Palabra
que nos ha hecho ver mejor la voluntad del Padre.
Haz que tu Espíritu ilumine nuestras acciones
y nos comunique la fuerza para seguir
lo que Tu Palabra nos ha hecho ver.
Haz que nosotros como María, tu Madre,
podamos no sólo escuchar,
sino también poner en práctica la Palabra.
Tú que vives y reinas con el Padre
en la unidad del Espíritu Santo
por todos los siglos de los siglos. Amén.

CANCIÓN DE ENVÍO

Gracias Señor (Nico Montero: Lo nuevo ha comenzado)

ÍNDICE

CATEQUESIS 1: VOCACIÓN Y SANTIDAD.

Lo que nos une

PARA EMPEZAR

¿Qué nos dice la Palabra de Dios?

1. ¿QUÉ ES ESO DE LA VOCACIÓN?
 - 1.1. Imagen de Dios, el Eternamente "Llamador"
 - 1.2. Contenido de la llamada
 - 1.3. Entre creación y redención
 - 1.4. La obediencia del llamado
 - 1.5. Vocación, punto de encuentro entre Dios y el hombre

¿Qué nos dice el P. Faustino?

Para la reflexión y el compartir.

2. LA LLAMADA A LA SANTIDAD

2.1. Entonces, ¿qué significa ser santo? \

2.2. Y tú, ¿por qué no intentarlo?

2.3. ¿Y qué es la santidad?

- Ser transparencia de Dios
- Dar cancha al Espíritu
- Vivir lo ordinario como extraordinario

¿Qué nos dice el P. Faustino?

Para la reflexión y el compartir.

MOMENTO DE ORACIÓN

CATEQUESIS 2: VOCACIÓN LAICAL Y RELIGIOSA

Lo que nos enriquece

PARA EMPEZAR

1. LA VOCACIÓN LAICAL. LA IDENTIDAD DEL LAICO

1.1. Aproximación al concepto de laico

1.2. El salto del Vaticano II

1.3. De sujeto pasivo a sujeto activo

Para la reflexión y el compartir.

2. VOCACION RELIGIOSA. La identidad de la religiosa

2.1. El fundamento de la vida religiosa

2.2. Signo de comunión en la misión

2.3. Pasar de la separación al encuentro

Para la reflexión y el compartir.

3. ECLESIOLOGÍA DE LA COMUNIÓN (laicos y religiosas)

¿Qué nos dice el P. Faustino?

MOMENTO DE ORACIÓN

CATEQUESIS 3: CARISMA CALASANCIO, UN LEGADO COMPARTIDO

Lo que nos mueve

PARA EMPEZAR

1. EL REGALO DEL CARISMA

Para la reflexión y el compartir

2. COMPARTIR EL CARISMA

¿Qué nos dice el P. Faustino?

Para la reflexión y el compartir

MOMENTO DE ORACIÓN



SIGLAS

- C Constituciones y Reglas. Instituto Calasancio Hijas de la Divina Pastora. Madrid, 2010
- CdC *Caminar desde Cristo*. Unrenovado compromiso de la vida consagrada en el tercer milenio. Congregación para los Institutos de la vida consagrada y las sociedades de vida apostólica. Roma, 19 de mayo de 2002
- ChL Juan Pablo II, Exhortación apostólica postsinodal *Christifideles laici. Vocación y misión de los laicos en la iglesia y el mundo*. Roma, 30 de diciembre de 1988
- CIC Código de Derecho Canónico. Roma, 1983
- Ep Cartas del Siervo de Dios Faustino Míguez. Madrid, 1985
- GE Francisco I, Exhortación Apostólica *Gaudete et exultate. Alegraos y regocijaos. Sobre la llamada a la santidad en el mundo actual*. Roma, 19 de Marzo de 2018
- HPF Habla el P. Fundador. Madrid, 1984
- LG Concilio Vaticano II, Constitución dogmática *Lumen gentium*, sobre la Iglesia. Roma, 21 de noviembre de 1964
- NMI *Novo Millennio Ineunte*. Carta apostólica de Juan Pablo II al comienzo del nuevo milenio. Roma, 6 de enero de 2001
- PE *Pláticas espirituales* de nuestro Padre Fundador Faustino Míguez de la Encarnación. Madrid, 1984
- VC Juan Pablo II, *Vita consecrata*. Exhortación apostólica postsinodal sobre la vida consagrada. 25 de marzo de 1996
- VFC *Vida fraterna en comunidad*. Congregación para los Institutos de la vida consagrada y las sociedades de vida apostólica. 2 de febrero de 1994

*"Buscar almas
y
encaminarlas a Dios"*
San Faustino Míguez



INSTITUTO CALASANCIO HIJAS DE LA DIVINA PASTORA